

A TODA VELOCIDAD

Sabino comenzó a sentir que en el tren hacía demasiado calor. El sudor corría ya por su frente y sentía humedad en los sobacos. Sabía que tenía algo que ocultar pero le era imposible seguir con la chaqueta puesta sin sentirse cada vez peor. El calor era asfixiante. Tenía sed. Notaba que le costaba tragar saliva, además de la lengua pastosa sentía la garganta seca, como tras una resaca. Sus ideas también se parecían a los confusos recuerdos que surgen al despertarse tras una borrachera. Había espacios en blanco que no lograba reconstruir.

Al quitarse la chaqueta vio lo que hasta ese momento quería ocultar: la sangre. Llevaba las manos y parte de las muñecas cubiertos de ese espeso y escandaloso líquido que ahora, ya reseco, le tiraba de la piel y le producía una sensación harto desagradable. Pero no tenía heridas, la sangre no era suya.

Recordó que en la calle, antes de coger el tren, esa misma sangre estaba húmeda y pastosa y le producía una sensación aún más desagradable, dándole ganas de vomitar, además de aumentar la sensación de frío en sus manos.

Sí, en el exterior hacía mucho frío, ahora lo recordaba. A la hora que cogió el tren estaba helando y de camino a la estación se fijó en como se formaban las capas de hielo sobre las superficies de los coches, avivadas por el viento helado que soplabá y que hacía de esas horas de la madrugada las más agradecidas para estar en casa bajo una buena manta.

Quiso mirar a través de la ventanilla del tren, pero estaba totalmente velada por una capa de vaho, confirmando la diferencia de temperaturas entre ambos lados del cristal. Quitó parte del vaho con la mano y acercó la cara para observar el exterior. No alcanzó a distinguir nada, solo oscuridad.

¿A donde se dirigiría ese tren? Recordó que cuando lo tomó no le había dado importancia a ese detalle. Había llegado a la estación y sin comprar billete fue directamente a los andenes con la intención de coger el primer tren que pasase, fuese adonde fuese. Y de repente se vio en ese tren donde hacía ese calor insoportable.

Se quitó el jersey descubriendo el cerco de sudor formado en las axilas de su camiseta. A pesar de eso siguió sintiendo que el calor no cesaba. Necesitaba beber algo, la garganta ya casi le picaba de sequedad. Miró a su alrededor, el vagón estaba casi vacío. Además de él, había unas cinco personas más en él, todas separadas entre sí. El único sonido que se oía era el rápido y continuo avanzar del tren sobre sus railes.

Sabino se quedó mirando al pasajero que tenía más cercano por su espalda. Tenía el rostro muy demacrado, con los pómulos marcados bajo un arrugado pellejo pálido como un papel. No dejaba de mover rápidamente sus finos labios, como murmurando algo entre dientes. Le pareció que su cara le era vagamente familiar, aunque no como alguien que conociese personalmente sino como alguien que había visto en televisión.

Si, eso era, Sabino recordó que había visto ese rostro multitud de veces en una foto de mala calidad que mostraban en las noticias y en la prensa mientras narraban la operación policial sin precedentes en la que se había desarticulado a la cúpula de dirigentes del grupo terrorista que sangraba al país. De eso haría un año escaso, ¿había salido ya de la cárcel o es que se había escapado? Sabino volvió la cabeza rápidamente y agudizó el oído. Pese a que hablaba en susurros a Sabino le llegaron algunas palabras de su monólogo.

Malditos, malditos guardias. Les dije que no podría soportar esa humedad... No hay más celdas libres, no hay más celdas libres... putos médicos, matasanos... No quisieron hacerme caso... Es solo una gripe... Verán cuando salga de esta... Voy a ir a por ti, Mariano... y a por ti doctorcito Freire.. Asesinos... torturadores... eso es lo que sois...

Un fuerte ataque de tos, que hizo sobresaltarse a Sabino, cortó su murmullos. Era una tos seca y estruendosa, que de solo oírla, a Sabino le dolía el pecho imaginándose la sensación. Eso le recordó su imperiosa necesidad de beber algo. Cambiaría de vagón para ver si había un lavabo por alguna parte. Se levantó y al hacerlo echo un vistazo furtivo hacia el terrorista, que seguía tosiendo, pero aún así levantó la vista y esta se cruzó con la de Sabino. Era la mirada más terrorífica que Sabino había visto nunca. En esos ojos claros y amarillentos, Sabino vio marcados la amenaza y el odio, como si siempre estuviesen allí, dirigidos hacia todo lo que mirasen, pero también reflejaban una parte de miedo confuso e irracional, miedo que de no verse atenuado desembocaría en violencia como forma de defensa. En esas décimas de segundo Sabino advirtió algo aún más extraño y desasosegante en esa mirada, y es que, a pesar de que esos ojos transmitían todos estos sentimientos, parecían huecos, como si tras ellos no hubiese *vida*.

Impactado por esta emoción, Sabino comenzó a andar dando un traspiés hacia la parte delantera del vagón con intención de alejarse lo más posible de ese personaje sin mirar atrás.

En quien no pudo evitar fijarse fue en el viajero que se sentaba a continuación. Era un joven muy corpulento, de piel morena, con las orejas plagadas de aros y un llamativo pañuelo rojo en la cabeza por encima de sus pobladas patillas. Pero además de este estrafalario aspecto que parecía sacado de una película de acción, llamaba la atención un detalle que no cuadraba en su enorme brazo izquierdo. Entre una multitud de formas tatuadas en negro, había un *hueco* que dejaba ver la carne bajo la piel.

Sabino se quedó conmocionado mirando este detalle hasta que el joven comenzó a gritarle potentemente y yendo hacia él con gesto amenazante.

- What the hell are you looking, bastard?

Entonces Sabino pudo ver de nuevo el vivo color de la sangre cubriendo casi por completo la camiseta del joven. Había dos círculos en el pecho donde el color era más oscuro y denso y parecía rodeado del negro de la pólvora.

Do you wanna fight, mothefucker? I'm gonna kill you, sucker. - siguió voceando el joven con amargura mientras llevaba su mano hacia el pantalón como para sacar algo oculto bajo su camiseta, pero allí no había nada. - If I have my gun... Go away, bastard!

Su mirada era arrogante y belicosa, violenta y cerrada, incomprensiva, pero, al igual que en la mirada del terrorista, Sabino vio un fondo de miedo por detrás de todo esto y, de nuevo, esos ojos le parecieron como transparentes, como los de un espectro, como si tras ellos no hubiese vida.

Sabino siguió avanzando con la piel de gallina a pesar del calor, tenía la sensación de un escalofrío continuo que le sacudiera todo el cuerpo. No miraría a nadie más de este tren de locos, ¿quien era toda esa gente? ¿Donde demonios se dirigía ese tren poblado de tipos tan extraños?

Pero a pesar de habérselo propuesto, de nuevo le fue imposible dejar de fijarse en el siguiente viajero. Según pasaba a su lado Sabino vio su enorme turbante, sus ojos asustados, sus labios rodeados de una poblada barba imparables en una especie de oración que acompañaba con los

movimientos de sus manos y un enorme agujero en su vientre *por el que salían sus entrañas* sangrientas y viscosas. Los ojos le miraron sin dejar de murmurar y el vértigo se apoderó de tal manera de Sabino que comenzó a correr hacia la puerta.

Pero no llegó a atravesarla. Si Sabino pensaba que acaba de presenciar lo más terrorífico de su vida, estaba muy equivocado, puesto que lo que atravesó la puerta desde el otro lado hasta entrar en su vagón era algo que superaba con creces todo lo anterior llegando a los límites de lo inimaginable.

Era un ser monstruoso, de unos dos metros y medio de altura, justo la medida del techo del tren, y casi un metro y medio de ancho. Estaba completamente cubierto de un espeso pelaje negro rizado, pero bajo él podía verse una piel entre rosada y ocre que destilaba una especie de líquido viscoso de color amarillo pálido. En lo más alto del ser, se reconocía la forma redondeada de la cabeza y allí el pelo se despejaba para dejar ver unos ojos cuatro veces más grandes que los de un humano de color amarillo en todo el globo y rojo brillante en el centro. Bajo ellos un enorme agujero lleno con una doble fila de enormes colmillos parecía ser su boca. Pero tenía otra especie de boca en su tronco, al final de una imponente panza viscosa. Esta era casi tan ancha como el propio monstruo y también tenía una doble fila de colmillos enormes, de ella rezumaba un líquido viscoso y blancuzco que manchaba el suelo por donde avanzaba el monstruo y también parecía desprender un olor más repugnante que Sabino había conocido nunca. Al final de las extremidades del monstruo había unas enormes garras, parecidas a las de un gorila aunque del doble de su tamaño y con enormes y largas uñas en forma de gancho, como las de las águilas.

Sabino estaba completamente paralizado de terror cuando el monstruo le habló produciendo un sonido grave y potente pero que terminaba en una frecuencia aguda que hacía daño en los tímpanos y rechinar los dientes.

¿Ibas a algún lado, Sabino?

¿Como podía aquel ser conocer su nombre? Sabino solo podía pensar en una pesadilla y quería despertar lo antes posible.

Hombre, Abdalla, por fin te tengo por aquí. - Aquel ser monstruoso miraba ahora al árabe del estomago destrozado. - Ahora estoy contigo, primero voy a hablar con este gusano, que parece un poco perdido. - Las enormes pupilas rojas volvieron a dirigirse hacia Sabino y el desagradable sonido volvió a hacerle daño en los oídos. - Siéntate aquí mismo, pedazo de mierda.

Una de las garras señaló uno de los asientos junto a Sabino y este obedeció. El engendro se sentó frente a él y a Sabino le vino una arcada por culpa del hedor insoportable.

¿Como lo llevas, grandísimo cabrón? - dijo aquel monstruo.

Sabino era incapaz de mirar aquello, dirigió la vista al suelo, pero viendo que aquel ser le hablaba de forma comprensible formuló la pregunta que llevaba martirizándole desde que se vio en aquel tren.

¿Donde estoy?

El monstruo estalló en lo que parecían carcajadas *con ambas bocas* mientras sus carnes se sacudían y el hedor crecía por ráfagas, de la boca de su tripa salpicaba el líquido viscoso llegando a caer sobre la piernas de Sabino que creyó desvanecerse de espanto y repulsión mientras aquel sonido le martilleaba la cabeza.

¡Pero que cachondo eres! – terminó diciendo el ser. - ¿No me digas que no te acuerdas de lo que has hecho?

Sabino levantó la vista hacia los ojos rojos del ser.

¡Pero que imperfectos sois los humanos! - volvió a soltar una carcajada - ¡Imperfectos y desgraciados! Llegáis a ser patéticos de verdad. ¿De verdad no recuerdas lo que has hecho esta noche?

Sabino bajó la mirada y se esforzó por recordar lo que había pasado, pero le era imposible concentrarse.

¿Que me dices de la sangre que llevas encima? - le dijo el monstruo.

Sabino tampoco sabía de donde había salido esa sangre. Le era imposible pensar en nada con esa abominación delante. De pronto le vino como un relámpago la imagen de su mujer. Su mujer y un cuchillo. Y su hijo. El sudor que le cubría por completo comenzó a parecerle helado.

¿Donde están? - preguntó recordándolos por primera vez en la noche.

Aquí no, grandísimo desgraciado.

A Sabino le volvieron a a llegar imágenes sueltas. Su mujer gritándole. Él pegándole una bofetada. Ella lazándole un vaso en la cabeza. Él blandiendo un cuchillo. Sangre sobre la mesa de la cocina y las piernas de su mujer sobresaliendo por debajo. Y su hijo apareciendo tras la puerta...

¿Sabes ya donde vamos? - dijo el monstruo.

Sabino se vio entrando en la estación, yendo hacia los andenes, bajando a la vía y situándose en medio de dos raíles, ver aproximarse a toda velocidad unas luces cegadoras junto a un ruido atronador y el destello de multitud de chispas.

Volvió a levantar la vista hacia el monstruo no queriendo que aquello que ahora sabía con toda certeza fuese verdad. Sin embargo contestó sin ningún lugar a dudas.

Vamos al infierno.

FIN